

EL NACIMIENTO DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

POR SILVIO A. ZAVALA

I

No voy a desarrollar un punto histórico de interés regional para Galicia y general solamente para los españoles; al hablar del nacimiento de la ciudad de Santiago de Compostela, pienso en la cultura que representa y en su sentido profundamente humano; desde este punto de vista el tema adquiere un interés general. Además, cuando el problema mundial es de creación de una nueva forma de vida, con una cultura nueva también, resulta interesante el magnífico florecimiento que representa Santiago.

Dentro de esta ciudad de piedra tuvo desarrollo una organización humana que, persiguiendo un ideal místico, construyó su existencia material; la obra, verdadera o falsa, es grande y hermosa; además, enseña. Por eso me ocuparé de ella en estas líneas.

Santiago de Compostela se asienta en medio de un campo de gran belleza. El agro de Galicia contiene todos los matices del verde y la luz no parece bajar de lo alto; el cielo casi siempre está cubierto de nubes negras, pero la claridad del campo parece salir de la tierra misma. Y es que esa tierra es rica y ha cumplido duras tareas históricas. La luz que parece emitir representa sus sacrificios: ha sido roturada hasta sus entrañas profundas; ha dado paso a los miles de peregrinos que se dirigían a Santiago; ha permitido también el establecimiento de la organización feudal, que después de una serie de vicisitudes engendra la ciudad.

Hace algunos años todavía, los campesinos no eran los propietarios de la tierra. Celebraban contratos con el señor y adquirían el derecho de cultivo mediante el pago de una cantidad, pequeña para los ojos del propietario, pero grande para los del cultivador. Era la organización foral.

Las parcelas son pequeñas, pero en su conjunto forman un campo de labor que cubre las montañas y baja a los valles sin que la continuidad se pierda un solo instante.

Con el paso del tiempo, el campesino y su lote van formando una unidad. Pronto comienza el deseo de la redención y las dificultades surgen del choque de los intereses; pero la justicia de las demandas campesinas se impuso y comenzó la adquisición de la tierra por los que la trabajaban. Hoy se asegura que son pocos los terrenos que no se han redimido.

El problema agrario de Galicia está, pues, en la conclusión de la obra y en la supresión de las injusticias que pueden existir, pero ha surgido con el tiempo un fenómeno importante que es el minifundio. Cada campesino va adquiriendo y trabajando lotes de terreno situados en diversos lugares; al repartir su heredad, fragmenta cada porción de su patrimonio en tantos pedazos como herederos tiene; no deja una porción a este y otra a aquel; al cabo de pocos años la propiedad se encuentra desmenuzada. La cuestión agraria se plantea, pues, en Galicia, en un sentido opuesto al problema latifundista que agobia a tantos países y regiones.

Cabe preguntar ahora si estos campesinos son felices.

Si nos fijamos en sus costumbres podremos obtener la respuesta. La mujer en Galicia trabaja tanto o más que el hombre; el cultivo está casi totalmente en sus manos, pero se ayuda de sus hijos pequeños. El padre casi siempre trabaja en otras actividades. Pero cuando la familia se dedica al cultivo, la ignorancia anida entre los miembros; los chiquillos van cuidando de las vacas y hacen los trabajos auxiliares del esfuerzo de la madre y, naturalmente, no van a la escuela.

Aquella gente sólo conoce la vida a través de su rudo sentimiento de propiedad. Sabe del gobierno porque le cobra las contribuciones; saben todavía del señor, los que le pagan los foros.

Esta masa tampoco es apta para la política. Los individuos son como fragmentos del campo; él los pare y los alimenta; en sus rostros duros y rugosos se advierte la semejanza con la tierra; son como una floración gigante que se mueve sobre la superficie cultivada, pero que siempre permanece cogida profundamente por las raíces.

Y la tierra es de naturaleza esencialmente apolítica. Ella permite su creación, pero no participa de su naturaleza. Este campesino, que no es sino un fragmento terroso, tampoco sabe de ese arte complicado.

Pudiera ser, sin embargo, que estos labriegos, en medio de su simplicidad, gozaran de mayor felicidad. Desgraciadamente esta creencia simplista de la felicidad del rústico ha desaparecido desde que Ladislao Reymont, en su obra magistral, "Los Campesinos", enseña el egoísmo rudo que priva entre esta gente y el choque continuo bajo la

materialidad que los domina. Y si tampoco se cree en la felicidad de la ciudad, pronto se llega a un escepticismo peligroso.

En todo caso, lo que puede aceptarse es que la organización humana no procura la felicidad del hombre; no está hecha para eso y dentro de este criterio podemos asistir al nacimiento de las culturas como simples hechos desligados de un fin trascendente.

¿Qué gérmenes dan nacimiento a la cultura de Santiago de Compostela? Su magnífico campo pleno de vida; pero no hay que creer que el labriego sea alma única de esta construcción; es la base, pero sobre ella se levanta toda una serie de categorías que se traducen en la organización feudal y en la eclesiástica. El campo influye, pues, indirectamente. La hermosa obra de Santiago, tan llena de espiritualidad, reconoce un primer origen rústico.

Pero toda cultura tiene base semejante. El espíritu del hombre para producir con altura ha necesitado del ocio, y éste sólo se consigue (en las organizaciones sociales que conocemos) a base del sometimiento de unos hombres, que permite la evolución mental de los otros. En el fondo de la cultura griega se encuentra fuerte base de esclavitud. El florecimiento medioeval reconoce una fuente semejante, que es el estado servil.

Santiago no representa una cultura de excepción. Al igual que las otras manifestaciones elevadas del espíritu humano, tiene su base de sometimiento, que en el caso es rural.

Si el ocio griego produjo la magnífica cultura que aun admiramos, podemos, quizá, afirmar que el ocio español produjo Santiago. Estudiando este producto podremos conocer al pueblo español y explicarnos las líneas generales de su desenvolvimiento. Por eso he creído que en la ciudad de piedra, ya muerta en muchos sentidos, encontraremos la clave de acontecimientos modernos que nos preocupan.

Debemos, pues, entrar a la histórica Compostela.

II -- INTERPRETACION DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

La ciudad de Santiago va de acuerdo con su agro, es su lógica consecuencia, aunque el efecto y la causa sean de distinta naturaleza. Santiago es oscuro y no desentona en la claridad que lo rodea; parece que hay una comunión extraña entre la piedra negra de la ciudad y el verde claro del campo de Galicia.

El profundo pensamiento místico se levanta en medio de la materialidad terrena. Quizá del exceso de vida material ha surgido el desencanto de ella y como floración de este olvido nace Santiago. Pero la piedra conserva las huellas de su origen.

En el Palacio de Gelmírez, primer arzobispo de Compostela que vivió en el siglo XII, se encuentra el rudimento de lo que después adquiriría elevado carácter espiritual; aquí el arzobispo y el guerrero son uno; las salas del palacio son apropiadas para la defensa y hablan más del cuartel que de la oración. En la puerta que da entrada al comedor se perciben dos cabezas: la una sonriendo, la otra comiendo una pierna en forma primitiva.

Estas representaciones significativas invaden también la Catedral y otros edificios de Santiago. Es frecuente encontrar en los canales de desagüe figuras en posiciones innobles, y en el pórtico de las Platerías, en la Catedral, alternan figuras de santos con animales, tales como perros.

Podría pensarse que estos detalles borran todo misticismo y que impiden la elevación del espíritu, pero Santiago ha superado su origen esencialmente pagano y puede afirmarse que en su conjunto contiene y representa formas de espiritualidad.

El proceso psíquico de Compostela se advierte con claridad en la imagen del apóstol Santiago blandiendo su espada y matando moros. Aquí más encuentro un guerrero hecho Dios, que un Dios hecho guerrero. Estamos acostumbrados a ver la religión como algo que, siendo exterior al hombre, llega hasta él; en América, sobre todo, donde la forma religiosa vino con la conquista, parece una construcción completamente exterior al grupo humano. Pero en Santiago la religiosidad parte del hombre para llegar a Dios.

En la fachada de la Catedral hay escudos; coronas fuertemente empujadas en la pared; inmediatamente detrás de la reja principal hay dos estatuas de piedra que no son de santos, sino de guerreros. La cruz central está entre dos hierros con estilizaciones de espadas. Cuando se traspasa la puerta, se comparece ante una "corte celestial". Es el llamado Pórtico de la Gloria, quizá la mayor riqueza ornamental de Santiago. La piedra adquiere en las caras de los santos una expresión desconocida, pero lo importante, además del valor artístico, es la disposición de los santos que están agrupados alrededor del Padre Eterno, en la misma posición que los palaciegos alrededor de su rey. Todos estos datos nos demuestran la construcción humana de la religiosidad de Santiago. ¡Pero qué hermosa construcción! Cada campesino mantiene a un guerrero santo o a un clérigo. Se forja la vida artificial de la ciudad, que se encauza hacia Dios, pero que va impregnada de cosas terrenas. El fin es espiritual, pero los medios, materiales.

Como una construcción de piedra se levanta también la organización social. España pone en ella su vida, se adhiere y levanta una armazón gigante; la fe forja y matiza esta construcción.

En nuestros días se afirma como una verdad incontrovertible la falta de espíritu de organización en el español. Yo, en presencia de la vida que representa Santiago, me atrevo a dudar de ello. Porque Compostela sólo es posible como consecuencia de una estructura de hierro. Puede pensarse, sin embargo, que el pueblo ha cambiado con el paso de los siglos, pero la vieja materia debe subsistir. La historia actual nos lo dirá.

Fue tan fuerte la vieja armazón española, que por un estado de inercia aun perdura en muchos aspectos ahogando los brotes nuevos. Para precisar mejor la idea, usaré de un símil vulgar pero claro. Cuando termina una larga carrera de resistencia, el último en regresar al punto de partida es el triunfador, porque ha derrochado su esfuerzo.

Cuando el ideal de las naciones que resultaron de la Edad Media era la fe religiosa, todas participaron en la lucha. Pero la que llevó más allá de todo límite el ideal místico, fue España. Después, cuando en los tiempos modernos se comprende que la religiosidad como meta del Estado no es un ideal deseable, ya el español ha desgastado sus energías en la carrera que un tiempo se creyó verdadera. Nadie corrió tanto; por ello España ha sido la última en volver al punto de partida. Pero este pueblo que un día se sacrifica por determinado ideal hasta llevarlo a alturas inconcebibles, es un pueblo de enorme fuerza intrínseca, de gran potencialidad. Sólo que la misma historia parece indicarnos que su acicate es la fe. Y hoy que el mundo padece de falta absoluta de estos valores, la reacción española se retrasa en sus nuevas manifestaciones.

No creo que España acepte el ideal económico como fin último de la vida. Parece que ama demasiado los valores espirituales para que los sacrifique a la materialidad. Por eso se espera de este pueblo una orientación peculiar y aun desconocida.

Esta esperanza parte del conocimiento del pasado español. Y Santiago de Compostela nos habla de lo que España ha sido. Cuando se camina por el cubo de piedra de sus calles, se piensa en lo rectilíneo, en lo inmutable. La piedra de las casas se une con la piedra del suelo; arriba el cielo oscuro completa la rigidez; por aquí se marcha como cogido en una organización monstruosa; no hay que pensar en la desviación, porque la fuerza de la piedra la impide. Santiago es la ciudad que cree en Dios, pero de manera igual, marcada, impuesta. No hay que pensar en heterodoxia dentro de estos muros. El talento cogido en esta piedra tiene que ir hacia Dios directamente; su intensidad sólo se medirá por el grado de acercamiento con la Divinidad.

¿Qué es esto?—se pregunta uno aturdido—. ¿Locura, felicidad, acierto, error? No se puede definir; sólo se percibe que hay grandeza espiritual, mucha grandeza, errónea o verdadera, pero palpable, real.

La piedra de Santiago es espíritu. Habla de misticismo en la Catedral; en el palacio de Fonseca (antiguo Colegio) es ciencia: columnas delgadas y altísimas como ideas geniales, soportando cuerpos bajos, que son la substancia, es la hipótesis que se corona del conocimiento. En la capilla del Hospital Real, la piedra ya es arte puro, realización en sí. La gama ya es completa: vida mística, científica, artística.

Santiago guarda una idea; cubre el secreto de una vida pasada. Hoy no la comprendemos, pero si no somos egoístas o torpes, podemos admirarla, quizá podamos también aprender alguna cosa.

III -- LA UNION ESPAÑOLA

La actualidad de las cosas viejas se manifiesta al estudiar el problema de la unidad española, que hoy preocupa tanto y que para ser comprendido necesita de algún estudio histórico.

¿Cómo se forma el lazo que une las diversas regiones españolas?

Todos sabemos que fue la obra de los Reyes Católicos y que el medio principal fue la guerra. Castilla forja sus magníficos guerreros y los pone al servicio de la causa de la unidad hispana. Sólo que si bien hay en esto el interés político de los reyes en aumentar sus estados, hay también el poderoso determinante religioso que en Isabel la Católica priva sobre los demás factores.

En torno de Castilla se va formando un núcleo cada vez mayor que está al servicio de Dios y del rey. La unidad no es, pues, un fin en sí misma: es la resultante de los ideales que se perseguían y nace de una mezcla política y religiosa.

En Galicia, por ejemplo, existía fuerte organización feudal que era un obstáculo para la obra de la unión. Por eso en el siglo XV comienza la destrucción. Los Reyes Católicos usan como armas el odio del pechero contra el noble y las rivalidades de los nobles entre sí.

Este sistema produce una fuerte revolución social, pues el pueblo, al luchar contra los señores y los arzobispos, cree que va hacia su redención, cuando en el fondo es simple instrumento de designios políticos inteligentes. Como resultado de estas maniobras se anula la organización feudal de Galicia. Su poder cesa completamente y en las Cortes está encomendada su representación a Zamora.

¿Pero el pueblo? Si se había movido por el anhelo de una mayor libertad, ¿qué actitud toma dentro del nuevo sistema?

Cuando el antiguo señor feudal, de quien depende directamente la masa, dobla la rodilla ante el rey, arrastra en la actitud a sus siervos. Pero, además, el rey figura como tribunal de apelación que

conoce de los desmanes de los nobles; el pueblo ve de esta manera un libertador en quien pone coto al abuso feudal.

En este momento se organiza centralmente España. La base no parece muy firme, pero la fuerza que se pone en la construcción es tan grande, que acalla toda rebeldía. La capa mística se extiende sobre la organización política y España emprende su obra que la convierte en apoyo de la fe y al mismo tiempo en primera potencia mundial.

Así, la unidad fue el resultado de una conquista, y después, cuando llega el período de estabilización, la idea religiosa da el tinte uniforme que se necesitaba.

Pero ahora que ya no se cree en esta fe como objeto del Estado, y que además desaparece el símbolo de la realeza, parece que las bases de la unidad española se han destruido.

La voz de las provincias parece preguntar por qué se ha de seguir todavía al castellano si su obra ha fracasado. En una época en que el misticismo es una realidad, se comprende que se acepte el sometimiento que lleva hacia un fin que se cree noble. Pero ahora que ese fin ha fracasado, ¿no parece indicado variar la antigua línea de conducta? Galicia, que no tiene la fuerza económica de otras regiones de España, pero tiene, en cambio, un fuerte sentido cultural, sostiene con calor esta posición.

El sentido separatista se alimenta, además, en otras fuentes. En Galicia, se habla de un Santiago predicador que es el apóstol gallego y que no mata moros. La figura guerrera es para ellos una importación de Castilla. Piensan, además, que en el siglo XIII y principios del XIV, viene la época de oro de la literatura gallega, y que no es épica como la castellana, sino que canta al amor o al paisaje. Los castellanos son católicos rígidos; los gallegos, en cambio, sienten el paganismo y citan en apoyo de esto los procesos de la Inquisición, que fuera de Galicia son por racionalismo, pero dentro de la región, por brotes paganos.

La réplica castellana a estos conceptos no es uniforme. Algunas se aferran a la idea de la superioridad histórica de Castilla, pero la relación, para mantenerse, necesita de un contenido que por el momento aun no se percibe. Si la ideología de la unidad invoca únicamente la relación de subordinación histórica para mantener el estado de cosas, posiblemente fracasará. Debe ante todo dar un nuevo contenido de la relación. Debe dar a conocer una substancia que llene de savia las viejas ligas que ahora amenazan romperse.

Hay otra corriente que trae una rectificación y que esboza un nuevo contenido. Para ella, lo que se ha roto en España no es la obra de Castilla, sino el lazo borbónico, que es francés y tan extraño,

a Castilla como a las demás regiones de España. Lo que se ha hundido es el imperio borbón y no la realización castellana.

Cuando las provincias presentan el cuadro lastimero de sus valores destruidos, se contesta con el espectáculo de los comuneros de Castilla pereciendo ante el poder real. Para estos pensadores la obra castellana es de libertad y no de opresión. Y afirman que si la república actual es un hecho, es porque Madrid se ha vuelto republicano.

Además, piensan que en España, por debajo del estado político, se ha ido formando el pueblo que nace de una mezcla de elementos, pero que en el momento actual tiene vida propia independiente de la organización estatal y que por su fuerza ha derrocado la monarquía. España, por esta actitud, parece que va a sus viejas fibras para recogerlas y levantarlas del largo abatimiento.

La República parece traer un nuevo sentido de la unidad; ya no se quiere que sea una obra artificial que sirva para los designios particulares de una dinastía. Se pretende que sea un agrupamiento consciente para la reorganización del país. El interés de España y el de los españoles formando una sola entidad, significará la reanudación de la antigua vida interrumpida por las intereses dinásticos.

Como se ve por la exposición anterior, el punto de vista provinciano y el del centro difieren completamente sobre el problema de la unidad. Las regiones consideran que el conquistador fue el castellano; la opinión del centro es que quien aprovechó la obra del sometimiento de las provincias no fue Castilla, sino las dinastías extranjeras que gobernaron España.

Por las circunstancias del momento actual, estas consideraciones opuestas toman un gran valor. Las Cortes Constituyentes tendrán que resolver el problema, y según todas las probabilidades, la fórmula será el gobierno federal.

IV -- EL PROBLEMA RELIGIOSO EN ESPAÑA

La importancia del problema religioso de España se concibe midiendo en intensidad y extensión su religiosidad. Santiago de Compostela puede darnos esta medida; por eso procuraré a continuación explicar la impresión religiosa que produce esta ciudad, que es uno de los refugios más imponentes de la fe católica. Como la ciudad es vieja, nos habla tanto de la fe antigua como de la actual.

La vieja religiosidad de Santiago tuvo una gran extensión. La autoridad eclesiástica era enorme; sus propiedades también. Las casas que tienen en la fachada la figura de una concha eran propiedad de la Catedral y son muy contadas las que no tienen ese símbolo.

El convento de San Martín tenía también grandes propiedades. La ciudad estaba en manos del clero y, en verdad, parece concebida para eso: la piedra ennegrecida por la lluvia tiene tonos místicos y la naturaleza misma parece contribuir a la creación religiosa con esa llovizna monótona que hiere más el espíritu que el cuerpo.

La enormidad y riqueza de la Catedral nos hablan también de la vieja fe. Los confesionarios se alinean a lo largo de las naves y se ven estas inscripciones: "pro linguis germanica", "pro linguis italica et gallica". Esto se debe a la diversidad de gentes que formaban las antiguas peregrinaciones y que procedían de distintas naciones, recibíendoseles la confesión en sus lenguas propias.

Santiago recibe visitas de reyes; viene también a su recinto San Francisco de Asís. En las grandes festividades, es tal la muchedumbre que llena la Catedral, que precisa un incensario gigantesco que limpia el ambiente. Es el botafumeiro, que aun se enseña en Santiago.

La religión aparece aquí como una institución universal.

¿Cuál es la religiosidad actual de Santiago?

En las tardes de oración, la Catedral recibe en la obscuridad de sus naves, señoras de negro y aldeanas que vienen a rezar. El altar mayor es un conjunto de oro y luces tenues de preciosos efectos; el campesino que contribuyó a levantar esta obra viene a postrarse ante ella y no sabe que en parte se admira a sí mismo.

Me aseguran que en el rezo del aldeano no hay religiosidad sino codicia, porque supone que con sus oraciones alcanzará la realización de sus deseos. Es posible que sea así, pero de todos modos la relación anímica se establece entre el altar pleno de oro y el punto negro que reza ante él. En estas oraciones el espíritu sensible percibe un hilo delgado de misticismo y una representación del origen rústico de la religiosidad de Santiago.

Pero el clero no cifra su fuerza actual en estas manifestaciones. Ve con más cariño la solemnidad, la procesión del Corpus, religiosa, por ejemplo, que este año tuvo la suerte de presenciar. La procesión no salió a las calles, atribuyéndose al mal tiempo. Se celebró, pues, en el interior de la Catedral. Voy a procurar reflejar el espectáculo.

Las luces de los primeros cirios se anuncian en la semiobscuridad de la iglesia; los llevan niños pequeños y jóvenes un poco avergonzados, no por falta de religiosidad, sino por algunos ojos burlones de estudiantes que los contemplan. Vienen después los seminaristas en gran número, llevando trajes negros; siguen los canónigos, cubiertos de riquísimas capas de oro. El arzobispo, suprema autoridad eclesiástica, esconde también su cuerpo pequeño en la magnificencia de su vestimenta.

Pasa la custodia, que es un edificio deslumbrante de oro. Todos caen de rodillas. Yo permanezco de pie, observando, y una aldeana que está arrodillada a mi lado me suplica por favor que yo me hínque. "No hay sitio"—le respondo, para no entrar en explicaciones—. La mujer me mira con ojos angustiados; piensa seguramente en mi condenación y no lamenta tanto mi suerte como el estar ella, por su desgracia, cerca de este ser extraño a la gracia de Dios.

Cuando en medio de la nave central se arrodilla toda la muchedumbre, la Catedral adquiere una vista espléndida. Es como un gran teatro solemne; sobre las gentes arrodilladas sólo pasa la luz tenue y el resplandor del oro eclesiástico. Las notas profundas del canto, combinadas con el órgano, ruedan sobre las cabezas doblegadas formando un peso por encima de la multitud que impide el alzamiento. Todo forma ya una sola masa extraña.

Pero el misticismo no existe en esto. Es el fausto, el esplendor, no el sentimiento fino de la emoción religiosa. Parece que la religión se hace objetiva; ya no es la emanación del espíritu, sino la exaltación de los sentidos.

Así, Santiago de Compostela nos habla de una religión pasada que tuvo carácter universal y que extendió su poder en todos los órdenes de vida. Ahora nos explica una religiosidad objetiva que se prende a los símbolos para vivir.

¿Qué puede hacer España frente a esto? ¿Va a exterminar el culto? ¿Va a reglamentarlo? ¿Lo someterá al poder del Estado?

El intelectual español se da cuenta del valor simbólico de la religiosidad y por ello no pretende destruir la representación objetiva. La obra está en alejar la idea del objeto, en divorciar el sentimiento del símbolo, y para esto se piensa en ridiculizar el simbolismo.

Ante la procesión, el estudiante revolucionario no piensa en bombas y matanzas. Únicamente se ríe y espera que el sarcasmo destruirá la creencia ciega. La idea de la violencia parece desterrada porque daría lugar a la creación de peligrosos mártires que sabrían dar un nuevo valor a los viejos símbolos.

Pero ¿bastará la ironía? Yo creo que para menoscabar el sentimiento religioso, sí. Pero la Iglesia no tiene como única base ese sentimiento; conserva en España un carácter de corporación civil y de orden público: de aquí que tenga propiedades y poder. Esta parte del problema se piensa resolver con la legislación de las Cortes, separando la Iglesia del Estado.

Yo no dudo que esto se hará. Pero hay que esperar la forma en que reaccionará la Iglesia ante los acontecimientos.

Como dos notas curiosas sobre este problema, diré que un estudiante me explicaba que el arzobispo de Santiago, hasta antes de la proclamación de la República, mandaba cortar las escenas amorosas de las películas norteamericanas. La otra es la siguiente: caminaba por las calles de Santiago con el estudiante más exaltado que conocí y me iba hablando de la campaña de burla contra el simbolismo religioso. Una muchacha tocada con la mantilla asomó en el último balcón de una casa, y al vernos, se escondió precipitadamente. El compañero me explicó en tono jubiloso que la gente beata comenzaba a ver en él un verdadero Anticristo.

Pero la complicación más interesante consiste en que muchos de los revolucionarios oyen con regularidad sus misas. Es por ello que creo que la situación religiosa en España derivará hacia una forma semejante a la Iglesia francesa. Es decir, la religiosidad subsistirá; lo que se hundirá es la Iglesia como institución, aunque no me atrevo a precisar si la última parte tendrá lugar en paz o con choques violentos.

V--EL FACTOR CIENCIA EN EL MOMENTO ESPAÑOL

Cuando la Iglesia marcaba el compás uniforme de la vida española, sintió la necesidad de hacer llegar su dominio a todos los sectores y fijó bien pronto su atención en los centros de enseñanza. La Universidad de Santiago de Compostela es primero un centro de estudios teológicos y sólo después de mucho tiempo evoluciona hacia un campo distinto de conocimientos.

Seguramente nunca pensaron los católicos fundadores y mantenedores de este colegio, que algún día su obra incubaría elementos revolucionarios jóvenes que emprenderían la tarea de destruir la organización monárquica y eclesiástica de España. Es interesante este proceso evolutivo y merece alguna atención; además, cuando se llega a la actual situación universitaria, se comprende una gran parte de la revolución española y se aprecian sus matices fundamentales.

Veamos cómo una primitiva fundación eclesiástica engendra revolucionarios y tratemos de conocer a éstos.

La fundación de la Universidad de Santiago es modesta y nace del entusiasmo de un notario llamado Lope de Marzoa. La escasez pecuniaria hace que el Estudio Viejo (así se llamaba la fundación), tenga una vida pobre e insuficiente para el estado intelectual del siglo XVI. Sólo contaba con un catedrático que, según se afirma, daba más importancia a la adquisición de sus bienes privados que al desempeño de su cátedra.

La intervención eclesiástica da más vida a la Universidad, sobre todo cuando Alfonso de Fonseca, antiguo arzobispo de Santiago, deja fuerte legado para ampliar la institución.

En su testamento dice: "Por la experiencia que tuvimos de la necesidad que en él (Reino de Galicia) hay de doctrina e personas doctas, creamos un Colegio e Universidad donde los moradores e naturales de dicho Reyno, especialmente de la dicha Ciudad y Arzobispado de Santiago, pudiesen estudiar, aprender e ser enseñados en Gramática y otras facultades para ser bien instruídos en los sacramentos, oficio divino e otras cosas..."

Cuando la autoridad real adquiere la fuerza suficiente en la vida de España, se mezcla en la Universidad y crea el Patronato Real. Tiene lugar entonces la visita del doctor Cuesta, que transforma la vieja Universidad, dejando como enseñanzas Gramática y Retórica, Filosofía, Teología y Cánones. En 1560 se establecen lecciones de Matemáticas y Esfera.

Esta evolución, al parecer sin importancia, marca, sin embargo, con claridad, la forma en que España se va desenvolviendo, y así, una institución nacida del esfuerzo privado de un notario, toma después carácter eclesiástico y luego cae bajo patronato real, cuando reina Felipe II.

La invasión francesa en España deshace la vida de la Universidad, pero da lugar a la creación del Batallón Literario, integrado por jóvenes estudiantes que se enfrentan al invasor y mueren casi en su totalidad. La Universidad se liga entonces más aún con la vida española y representa una página de dolor y heroísmo.

La marcha paralela de la histórica Universidad compostelana con los acontecimientos de España sigue en la actualidad. Los problemas modernos han golpeado en las puertas del Instituto de Santiago. Llegamos al punto en que la vieja Universidad entra con fuerza joven al movimiento español.

La vida política había influído siempre en la Universidad, pero ésta era más bien un recipiente pasivo de las reformas y no un elemento activo que las determinara. Hoy el caso es diverso. Los estudiantes de Santiago, al igual que todos los de España, han entrado a la vida política del país y pesan en ella de manera preponderante.

Desde hacía tiempo se venía pensando que los intelectuales jóvenes serían la base del resurgimiento español. Pero su entrada violenta no se esperaba.

El carácter intelectual de la revolución española merece detenidas consideraciones. Los grupos dirigentes están integrados por cate-

dráticos, intelectuales y estudiantes. Los problemas de España son materia de estudio para ellos y los tratan científicamente, lo cual significa que los resuelven lentamente. No puede negarse que la campaña contra el rey ha sido de actividad y que los mismos intelectuales españoles sufrieron prisiones y destierros. Pero ahora que se encuentran en el poder adquieren la conciencia de sus responsabilidades como gobernantes, y como tienen amplia cultura, no se atreven a dar las soluciones violentas que la efervescencia popular exige. En la masa se siente el aguijón del radicalismo y los gobernantes quieren en cambio una evolución pausada que responda a sus preocupaciones intelectuales.

La especialidad de la revolución española se manifiesta también en los conceptos democráticos. Los dirigentes afirman que han dado un nuevo sentido a la democracia, al sobreponer el sentido de la calidad, de las minorías organizadas, sobre la burda cantidad.

Algunos creen sinceramente que este sentido democrático salva al régimen; otros creen que se trata sencillamente de una organización de aristocracia intelectual, que asigna el poder a los preparados, a los cultos, y esperan un fracaso ruidoso por la reacción de la masa, que parece ser el factor decisivo en las luchas de nuestro tiempo.

De acuerdo con estos antecedentes, el gobierno provisional ocupa políticamente una posición intermedia: el ministro de Gobernación dice en un discurso: " Cuando se nos acusa de lentos, por un lado, y de rápidos, por otro, estoy tranquilo, porque esa misma acusación demuestra que nos hemos quedado en el fiel de la balanza. "

El experimento español es por demás interesante. La Universidad se ha trasladado en masa al Gobierno y llama a esto un régimen democrático de calidad; piensa científicamente sobre los problemas y se enorgullece de haber alcanzado un término medio; reconoce prudentemente la fuerza del pueblo y le ofrece reformas agrarias para un futuro más o menos lejano. La ley será el medio plasmador de los anhelos. El elemento científico que gobierna cree en la cultura casi siempre entendida con traje germánico.

El único elemento propiamente organizador dentro de este conjunto es el conocimiento que tienen los gobernantes de la necesidad de poder, y pregonan la fuerza como necesaria al orden, vistiendo la idea con ropajes científicos.

Por el momento, la revolución española ha sufrido un aplazamiento. Los problemas se posponen para las Cortes Constituyentes y en este período prelegislativo todas las fuerzas se organizan. El verdadero juego social profundo de la vida española se mostrará después.